

El baile

Deberías haberle dado más besos. Ahora recuerdas el día de su octavo cumpleaños. Organizaste una fiesta en casa. Reuniste a todos sus amigos, reuniste a todas tus amigas, reuniste cerca de cuarenta personas. Todo estaba perfecto; la decoración, el aperitivo, la música..., hasta tú estabas perfecta. Lució como una princesa. Vestía una falda rosa, zapatos de charol y un gran lazo de seda recogía su melena. Estuviste en todo. Pendiente a cada momento de tus invitados, porque ahora confiesas que eran tuyos; ahora cuando los años, a base de dolores, han rechazado tu altivez, te vienes abajo donde caen las realidades: eran tuyos y de nadie más. Anita miraba y te seguía por toda la casa, queriendo darte la mano, reclamando tu atención. Cuando su padre salió con la tarta te desprendiste de ella soltándole a la fuerza su mano del vestido. Le indicaste que acudiera a la mesa. Anita lloró, pero la multitud y el fulgor de la celebración hicieron que nadie se percatara, nadie. Solo tú que estabas tan cerca; solo tú lo viste y ahora es cuando lo recuerdas. Tu hija se giró, caminó entre los invitados, te dio la espalda y fue obediente. Aquellos pasos con sus diminutos zapatos brillantes fueron los primeros que marcaron la distancia. Anita sopló las velas y seguramente deseó que la besaras.

Deberías haberla escuchado. Anita nunca quiso estudiar francés, tampoco quiso ser como tú. Sin embargo, todas las tardes la llevabas al liceo. Ni siquiera tenía tiempo para despedirse de sus compañeros a la salida del colegio. Le entregabas la merienda y marchabais caminando hasta la parada del autobús. Y, mientras se ofrecía a ti con sus anécdotas y curiosidades, tú mirabas por la ventanilla y soñabas con una niña perfecta. No te diste cuenta que fantaseabas con una desconocida, mientras al lado tu niña (la de verdad) hablaba y sonreía, mientras tu niña sentía que poco te importaba.

Anita quería ser bailarina, calzarse unos zapatos de tacón y aprender a bailar. Te lo confesó en aquellas tardes durante el trayecto del autobús, te lo confesó en aquellos momentos en que vuestras miradas fortuitamente se cruzaban, te lo confesó cada vez que reunía fuerzas. Al final le compraste unos zapatos maravillosos. Hacían tanto ruido al caminar..., tanto ruido al bailar que Anita se echó sobre tus brazos y te besó. Con un centelleo cautivador, con un brillo recién estrenado en sus ojos, preguntó cuándo empezaba las clases de baile.

Lema: Tinta en las grietas

Ahora te retumban sus pasos, ahora te golpean sus pies nerviosos, ahora sientes las huellas de sus tacones clavados en tu propio cuerpo. Anita solo pudo bailar en su cuarto, por las noches, cuando acababan las clases de francés.

Deberías haber respetado sus decisiones. Anita se estaba haciendo mayor. Ya tonteaba con muchachos de su edad y participaba en los galanteos propios de una adolescente cualquiera. Las tardes en el liceo le resultaban molestas, ella quería salir con sus amigos, al paseo, sentarse en un banco y conversar. Se empeñó en dejar las clases de francés y tener tiempo libre. En el instituto sacaba buenas notas, siempre te reconocían sus excelentes formas, sus constantes esfuerzos, su responsabilidad inquebrantable, pero Anita quería salir con sus amigos y conversar. Nunca te había desobedecido, nunca había sido capaz de transgredir tus directrices (claras y rotundas), pero una tarde no pudiste tejer a tu antojo, una tarde se te escapó una hebra y la armonía de la urdimbre se deshizo. Anita regresó del instituto y tú la esperabas con la merienda en una bolsa y los libros de francés. Te miró a los ojos y llorando pidió suspender las clases. No la escuchaste. No. Le limpiaste las lágrimas con el dorso de la mano y le ofreciste la merienda y los libros. Anita gritó, lanzó los libros contra suelo y salió de casa enfurecida. Escuchaste el trotar de sus zapatillas por las escaleras. Desde el balcón la viste corriendo, con la violencia de su melena enredada en el viento, con la rabia de sus pies agrandando las distancias, con el abandono de sus lágrimas sobre el desangelado asfalto. Corrió hasta el paseo y se sentó en un banco. Tú, entretanto, recogiste los libros y los dejaste sobre su escritorio para que, a su regreso, estudiara la materia atrasada.

Deberías haber tolerado su intimidad. Anita era un ser independiente. Ser tu hija no la convertía en ti. Quiso hacerte partícipe de su vida, pero confundiste los términos. Emborronaste los límites y mezclaste dos cuerpos y dos vidas en un puñado que pretendiste agarrar, de forma torpe, con tus manos. Quiso sentirse niña, quiso refugiarse en una ilusión que solo existió en ella. Algunas noches, cuando os encontrabais durante la cena, te contaba sus cosas, se ofrecía a ti, de nuevo, como en aquellas lejanas tardes en el autobús. La mirabas orgullosa, contemplando sus formas elegantes, sus rasgos agraciados, una prolongación de ti aún más perfecta. En una ocasión se confesó y dijo que

Lema: Tinta en las grietas

salía con un compañero de instituto, salía con Miguel y estaba feliz. No censuraste sus palabras, no expresaste emoción, no dijiste nada. Le pellizcaste la mejilla antes de salir del comedor. Anita se sintió recogida en tu aprobación, sonrió y se marchó a dormir. Oíste cómo sus pies descalzos hacían crujir el entarimado, cómo recorrieron la casa y se encerraron, dichosos, en su dormitorio. Tu niña no acabó el curso en el mismo instituto, la matriculaste en un centro privado, a las afueras de la ciudad, donde hablaban francés y tenía que acudir en autobús.

Estás sola, ya no te queda ni tu orgullo. Tanto te acompañó y te guió, tanto te censuró la piedad hacia los tuyos, tanto te ordenó y ahora él también te abandona. Tu esposo no tardó en desaparecer (ya lo explicó todo en aquella carta), en el momento que entendió que erais tres, en el momento que aprendió la fuerza que ejercía en ti ese compañero miserable, se marchó. Hasta entonces no supiste que él vio el llanto de Anita en su cumpleaños, él vio cómo te desprendías de su mano y la obligabas a continuar con la fiesta. Fue entonces cuando comprendió que la distancia era su libertad. No durmió en toda la noche. Se sumergió en la oscuridad del desapego, aquel que fuiste entregando con el tortuoso racionamiento de tus labios premeditados, con tus labios cada instante más amargos. Cuando vio despuntar el día, cuando la aurora con su sonrojo te perfiló a su lado, se incorporó sobre la cama y te besó. Luego supiste que él te besó mientras dormías, que él se ofreció para llevarse el recuerdo de tus labios, ese serpentino amargor que le impediría regresar de nuevo contigo. Cuando despertaste tu esposo se estaba duchando; salió enrollado en una toalla y, mientras se vestía, anunció que lo dejaba. Le pediste tiempo. Él bordeó la lengua por sus labios y la hiel que te robó con el último beso le obligó a escapar.

Comenzaste una guerra y Anita fue tu pertrecho. La utilizaste y lo torturaste con su ausencia. Ahora las lágrimas de tu hija por su padre se confunden con las tuyas, las lágrimas de tu esposo por Anita se derraman en ti, y la sal de aquellos dolores te escuece ahora que la recoges. Sola, estás sola, todo se entremezcla y te escuece.

Tu vida ha sido una procesión y el recorrido trazado ha consistido en huir de ti. La última ha sido Anita. Con sus pies diminutos, con sus zapatitos de charol se unió a la marcha, y ayer se despidió con pasos de mujer. De nada sirvieron las

Lema: Tinta en las grietas

súplicas, de nada sirvió el llanto, de nada sirvió porque ni siquiera te miró. Tú le exigiste firmeza desde niña, tú le exigiste inclemencia y hoy tu catequesis te crucifica. Cierras los ojos y solo oyes sus tacones en el dormitorio, sus pasos y sus bailes, sus risas encerradas, las que dejó cada noche cuando bailó sola en su habitación. Te ha dejado sus pasos para torturarte, te ha dejado sus risas para tapar las tuyas y el vacío de su cuarto es una macabra melodía que se tararea con tu dolor. ¡Anita, ven. Anita, dame un beso. Anita, baila. Anita! No llores, no hay nadie. No grites, estás sola. Cierra los ojos y taconeas, cierra los ojos y participa en la única fiesta que te queda. La procesión continúa y tú jamás podrás escapar.